

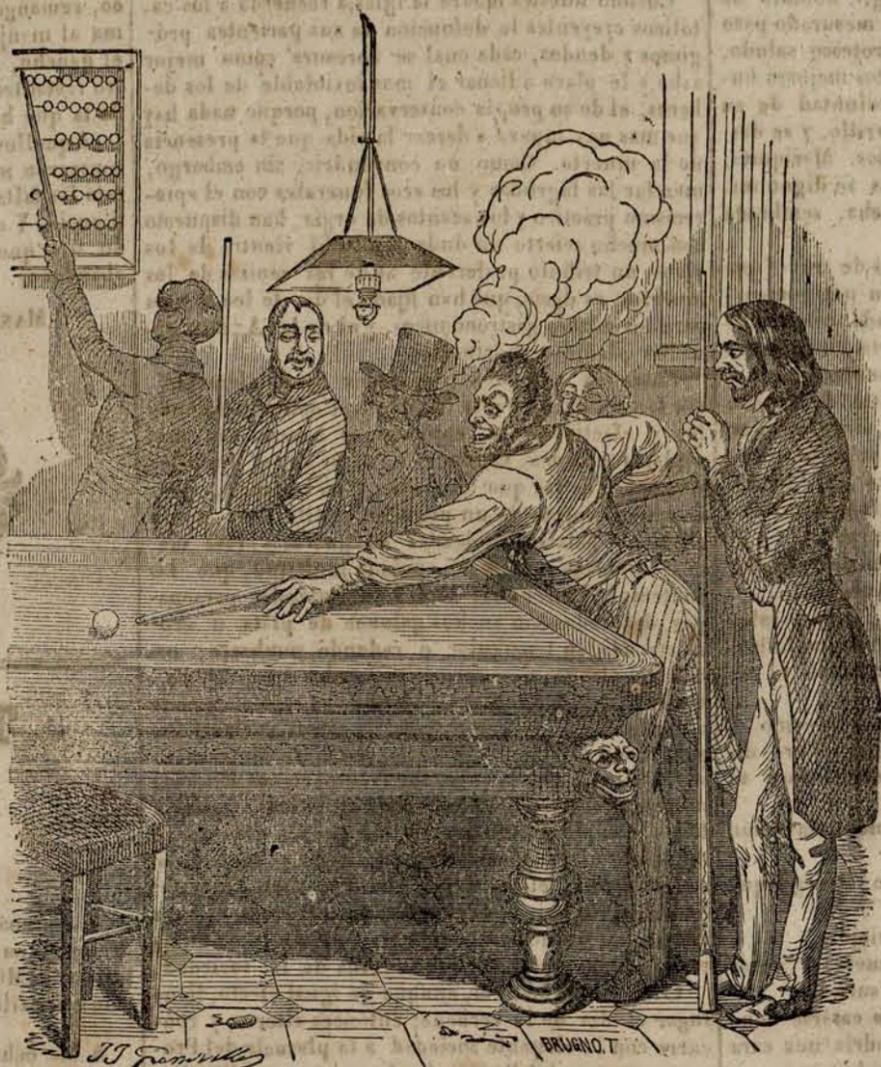
REVISTA DE TEATROS.

DIARIO PINTORESCO DE LITERATURA.

NUM. 319.

MADRID 7 DE ENERO DE 1844.

SEGUNDA SERIE.



UE JUEGO EE VILLAR.

LA BUÑOLERA.

(Conclusión.)

Quando la rosada aurora asoma sus rojos matices, percíbese en lontananza hácia el centro del barrio de las Maravillas, una casita de césped y de un solo piso, decorada en lo interior con sutiles y finas telas de araña, completando su ornamento media docena de perlátios taburetes, y un trípode de que pudiera disputar su antigüedad al decantado de Delfos.

Sobre un estrecho jergon, perpétuo asilo y asilo inviolable de la ratonesca raza, véese gracias á la luz macilenta, luz despedida por un objeto que en el lenguaje de su dueña se llama candel, denominacion injustamente aplicada por la ninguna analogia que presenta ni en su figura, ni en la oleosa compacta materia de que consta con los que generalmente le

obtienen, reposar tranquilamente una muger [que apenas frisa en los 25 años, morena, flotante el enmadrado cabello á merced del viento, que reputando aquella la régia cueva de Eolo entra por las simétricas colosias que el tiempo mas bien que la mano á los poco vigilantes madrileños que un nuevo dia inauguraba su carrera. Levantóse entonces precipitadamente, acomodóse al cuerpo la coleha de su cama, que consistia en un pintado zagalejo: llevó sus lustrosas manos empapadas en agua á la cabeza, arregló su desorganizado cabello, suspendió del brazo una amarillenta ovalada canasta, recogió algunos fragmentos de periódicos, que dispersos aqui y allí, atestiguaban su inmutable afición á la literatura y política, acomodóse en el fondo del canasto, puso sobre ellos cuidadosamente do e espirales cohombros y doble cantidad de dorados buñuelos, sacó de un roido armario un negruzco bote do hoja de lata, y provista de este tren gastronómico, se dirigió á la puerta con presto paso, cedió esta á los tres tirones, y hete ya á nuestra heroina en la calle, teatro principal de sus triunfos y proezas.

Sigue andando y contorneándose, y el primer personaje de importancia que se la presenta, es una muchacha vieja, que al ver acercarse á la muchacha elama con gangoso acento.

— Vaya, Mariquita, que te vas haciendo una holgazana, hace media hora que te estoy esperando, y tengo las tripas como un farol de retreta... sino te portas mejor conmigo, me paice que...

— Como osté quiera, contestó la mozueta, al fin y al cabo somos parientas.

— Parienta, endina, repuso la vieja, ya montada en cólera; ¡parienta tuya!...

— Qué inocente es osté tia Colástica; ¿y los dos cuartos del domingo?

— Qué gno te los pagó Andresillo el tabernero?

— Dos cuartos no me han de hacer ni mas probe ni mas rica, contestó Mariquita; y ademas, tengo prisa, y..

— Anda, arrastráa, vete con mil demonios.

Y pronunciado apenas este exorcismo, la buñolera siguió su camino, permutando dinero por buñuelos

ligible, vendiendo buñuelos y cohombros, siempre con rostro risueño, siempre viva, ligera, parlanchina, hasta que dobla la esquina de la calle, en un tiempo de la victoria, y ahora ya del vencimiento, donde la buñolera tiene improvisadas é inveteradas relaciones, todas con gente de buen humor, campechana y compañera de glorias. Allí existe, allí respira la cargada atmósfera de otoño, la diáfana del invierno, la nebulosa de la primavera y la abrasadora del estío, un mocito que frisa en los 55 años, colorado como un tomate, tieso como un espino y un si es no es galante y pendenciero, vendedor de velas y algodón por añadidura, que conoció á la madre de la muchacha, que vió nacer á esta, y que la quiere con un amor semi-paternal, semi-noveslesco; pero siempre con fines mas honestos que los que pudiera tener el mismo Platon. Este tal se llama tio Francisco, y es conocido en toda la vecindad por el seudónimo de tio Peregil, y este tio Paco ó tio Peregil, hombre de proverbial obesidad, se adelanta con mesurado paso hacia nuestra heroína, la hace un grotesco saludo, coge con sus pingosos dedos dos de los mejores buñuelos sin curarse de explorar la voluntad de su dueña, la da una palmadita en el carrillo, y se despide con la anticuada fórmula de *adiós*. Mariquita, acostumbrada á aquel despojo, apenas se dignó mirarle, y siguió imperturbable su marcha, sembrada de clásicas sventuras.

Quince pies castellanos, ó sean pies de rey (que no parece sino que SS. MM. les tenían patagónicos) está el palacio de Buena-Vista, morada célebre de célebres personajes, cuya férrea puerta custodiaban treinta bigotudos artilleros de imponente aspecto y marciales ademanes. Mariquita se metió de rondón entre aquellos aguerridos veteranos, dirigiendo su voz agrídule y ofreciendo su mercancía á un muchachon alto como el inmemorial cedro del Líbano, dueño de sus pensamientos; pero el apasionado militar, sin dejarla acabar, la interpelló á su vez.

— ¿Cómo, chica, por squi? pues ya no te daba hoy con nosotros; y á fé á fé que lo sentia, prenda...

— Já, já, já, prorumpió la mozueta; ¿pues no sabes tú que yo soy amiga de mis amigos? Aunque hubiera sabido andal tres cuartos de legua estando tú de guardia.

Si eres buena muchacha, y yo te quiero como á mi madre, me tienes hechizado Mariquita!.. Pero dime, traes aguardiente, que con la combresacion se olvida lo principal.

— Se me ha olvidado, tengo una memoria como un chorlito.

— Pues vamos á la tienda del tio Peregil que está ahí cerca.

— A la del tio Peregil no, que ese viejo...

— ¿Qué te ha hecho, hermosa? Dímelo, y verás como le hago bien pronto tambor de suizos.

— Naa paa el caso, sino que quiero casarse con migoy, si nos viera entrar juntos, pondria una cara como un herege... yo no quiero ver malas caras.

— Viejo del demonio! esclamó el militar con atronadora voz; atrevase con una...

— Si quiere que...

— Déjale, que su plática por un uido me entra y por otro me sale; yo para naa le enesequito, que si ól tiene tienda, yo tengo buñuelos, y vamos á la tienda de mas arriba. Fueron en efecto, y allí alterando trago y buñuelos, simbolizando á Baco y á Saturno, permanecieron largo rato, hasta que al soldado se le antojó salir, y á la buñolera se lo dictó su mercantil conciencia.

Tercera vez en campo y tercera vez andando, recorrió la buñolera la calle de Alcalá, Puerta del Sol, calle Mayor, Platerías, plazuela de San Miguel, Cava baja y alta, anunciándose con la consabida cantinela de *á ochavo y á cuarto calentitos*, que ahora han salido calientes, y convocando á todos los estómagos hambrientos ó eletargados á que se apresuren á corresponder á tan grata insinuacion, hasta que rendida á su matutina tarea, ó cediendo quizás á otro sentimiento, se posesiona del dintel de una puerta, cerrando esta herméticamente, en esta actitud cuenta y recuenta el producto de su mercancía; es de advertir que no parece sino que tiene la creencia mitológica de Midas, practica igual operacion con los buñuelos y cohombros sobrantes, y acto continuo se encamina á casa de su gaché. Allí, en compañía de algunas de sus colegas, invierte parte ó el todo de su caudal Maria, porque la buñolera,

ser venturoso en tiempo seco y cálido, nunca piensa en el porvenir. Concluido su gastronómico genio, pues que otro tenga no ha llegado á nuestra noticia, vuelve á encerrarse en su chiribitil y allí descansa preparándose á nuavas fatigas.

Tal es la vida y método ordinario de la buñolera nómada, salvas algunas diferencias meramente accidentales, reducidas á la variacion de ruta, al mayor ó menor despacho de buñuelos, ó si en vez de visitar le guardia de Buena-Vista hace un cuarto de conversion y se dirige al cuartel del Soldado, al ex-convento de los Basilio ó otra reunion de este jaez.

Pasemos, pues, á considerar el que tiene el carácter de extraordinario.

Como en el orden en que la vamos á inspeccionar tiene un roce mas inmediato con la elevada clase de la sociedad, habremos llenado cumplidamente la segunda parte de nuestra promesa.

Cuando nuestra madre la iglesia recuerda á los católicos creyentes la defuncion de sus parientes prógimos y deudos, cada cual se apresura como mejor sabe y le place á llenar el mas inviolable de los deberes, el de su propia conservacion, porque nada hay que mas nos mueva á desear la vida que la presencia de la muerte. Como no convendría, sin embargo, mezclar las lágrimas y los ecos funerales con el epicurismo práctico y los aceros de orgia, han dispuesto con mucho acierto sin duda rendir al vientre de los vivos un tributo preferente al de las cenizas de los muertos; es decir, que han fijado el dia de los Santos para los solaces gastronómicos, y el de las Animas para los plañidos mortuorios.

Entre los manjares preparados para solemnizar tan fausto dia no podia olvidarse el delicioso buñuelo; y efectivamente, entonces se buscan con mas avidéz que nunca. Entonces las casas de las buñoleras, hablo de las que los tienen (son las mas), presentan el aspecto de un pequeño castillo ó de un im provisado palacio. Rodeadas de guardias (les menos) se elevan sobre la apiñada multitud, que las contempla y circunda. Altos y encumbrados personajes, decorados con anchos galones de plata ú oro, mostrando su triangular ó redondo sombrero, ostentando largas tiras carmesias, azules ó pajizas, hacen la corte á la buñolera, porque de su capricho pende ó dar buena ó mala mercancía, la echan cuatro piropos, si son joviales, ó la tratan con merecido respeto si son frios y graves como ilotas espartanos. En este momento es cuando triunfa nuestra heroína; reúne á todos con alhagüeño gracejo sin perder nada de su dignidad ni de posicion social, mira y contempla con avidéz el metisco mano que brilla en su cesta; despide á los parroquianos dándoles espresiones para las señoras cuando tiene tiempo y quiere, y en suma en aquel dia afortunado es la reina de la sociedad.

Otra escena distinta, aunque de igual efecto, tiene lugar el dia de la verbena; entonces alterna y concurre con la elegante sociedad á la plazuela del Progreso y paseo del Prado, donde su voz argentina llama la atencion y el dinero pregonando los de *á ochavo y á cuarto, calentitos, calientes*. Esta buñolera, pues, ó sigue desempeñando sobre la tierra su honorífica mision hasta que la sorprende la muerte, que generalmente es en el hospital, ó dejenera en panadera, frutera ó cualquier otra profesion que se halle en su instinto benéfico. Algunas, y estas son las menos, suelen morir de consuncion, cuando se decide á seguir en su primer género de vida, y su estado final no se halla muy apurado, se convierte en buñolera estacionaria, cuya biografía general vamos á trazar en este momento. Reúne, pues, la estacionaria por origen, ó bien el fin de la carrera nómada, ó la paterna herencia que la dejó establecida el puesto anejo á la tienda de comestibles. Descrita la vida de la nómada poco nos resta que decir de esta clase, únicamente distinta en mayor comodidad que disfruta, y en su fin que no suele ser tan desastroso, atendido su estado de respectiva opulencia, que casi siempre conserva en su profesion y muere en su cama, piso tercero ó cuarto. De la inmensa raza de pilluelos que infestan las calles de la capital, hay una especie cuyo traje característico anuncia son aprendices de buñoleros. Véseles ataviados con unos calzones hermofroditas ó epiemos (es decir que pertenece á dos géneros, pantalon y calzon), cuyo primitivo color se ignora; el actual es tan difícil de describir que el privilegiado pincel de Miguel Angel no bastaria á darles el colorido propio y adecuado. Con unos zaragüe

lles blancos, segun la mas probable opinion ofrecien do á la intemperie su desnuda cabeza y cuello, armados de una prolongada caña cubierta con buñuelos (estos no llevan cohombro, privilegio exclusivo de la buñolera, corren las calles de la capital con mas celeridad que los coches de diligencias, dando desaforados gritos y anunciando mil veces sus buñuelos. Estos intrusos individuos siguen alguna vez el oficio y otros se dedican á servir si hallan quien les tome por criados.

Réstanos solo considerar los empleados en la elaboracion de este interesante artículo. Al salir por la puerta denomina de Segovia se halla uno de manos á boca con una estupenda humeante caldera sostenida en tres pies cercados de cuatro ó seis mal perjeñados personajes, una mesa, un barreño, una geringa y un gancho de hierro por suplemento. Allí se hacen los cohombros y buñuelos. Un hombre vestido de blanco, remangado hasta el codo, prepara, bate y dá forma al manjar; una muger con su zagalejo roto tiene el gancho, los saea y los ensarta en un palo; los cuatro restantes individuos son los buñoleros infantiles de la que hablamos hace poco.

Aquellos seres son los dueños de la fábrica, que conservan mientras su edad y salud lo permite; si esta les falta el comun receptáculo el auto de beneficencia. Y con esto hemos dado fin al mal bosquejado tipo que una vez principiado no hemos sabido abandonar.

MANUEL FERNANDEZ ALBERTOS MANRIQUE.



TEATROS.

Cruz.

A las cuatro y media de la tarde; El acreditado drama en cuatro actos, precedido de un prólogo, titulado: SIMON BOGA-NEGRA. Terminará la funcion con baile nacional.

A las ocho de la noche; la aplaudida comedia en cuatro actos y en verso, titulada: LAS TRAVESURAS DE JUANA. Terminará la funcion con baile nacional.

Príncipe.

A las cuatro y media de la tarde; La comedia en cuatro actos y en verso, titulada: LA RUEDA DE LA FORTUNA. Baile nacional. Terminará el espectáculo con un divertido sainete.

A las ocho de la noche; La comedia nueva en tres actos, traducida del francés, titulada: CONSPIRAR POR NO REINAR. Pas-de-deux del baile *La Salsida*, por Mme. y Mr. Finart. Terminará el espectáculo con el acreditado sainete, titulado: *Los Tres Huéspedes Burlados*.

Cireo.

A las siete y media de la noche; EL BARBERO DE SEVILLA, ópera bufa en 2 actos.

IMPRESA DE BOIX.